

Infierno grande

Hernán Lara Zavala

Bienvenido de regreso a Zitilchén, padre Humberto. Sus feligreses lo saludan y lo recuerdan con cariño y con respeto. ¡Muchas felicidades!, decía la manta con letras de color morado y dos enormes mitras en los extremos que sostenía un nutrido grupo de señoras, algunos hombres y muchos niños del pueblo encabezados por el padre Acevedo, el presidente municipal y algunos otros políticos y personajes de alcurnia del lugar. Mandaron hacer la manta hacía más de dos semanas para recibir al sacerdote que tuviera a su cargo la iglesia de Zitilchén durante ocho años, allá por los cincuenta. Cuando se enteraron de que el antiguo párroco pasaría por el pueblo antes de proseguir su camino rumbo a la ciudad de Campeche donde ocuparía la silla del arzobispado, decidieron invitarlo a comer y, de ser posible, a celebrar algún oficio religioso al que asistiera la gente del pueblo. Varias mujeres más bien maduras a las que de jóvenes el padre Humberto había procurado como consejero y confesor, generalmente con buen tino y discreción, esperaban a mediodía en la estación de autobuses, junto al cine, donde había una pequeña fonda con varias mesas para que se detuvieran a comer y beber los pasajeros en tránsito entre Mérida y Campeche. Acompañadas de sus hijos, llevaban canastitas con fruta —naranjas, chicozapotes, pitahayas, saramullos, guayas y tamarindos— que le regalarían al padre como muestra de cariño y reconocimiento por su labor en Zitilchén. El autobús llegó un poco después de las doce y tan pronto descendió el padre Humberto la banda de música de Chencó empezó a tocar “Caminante del Mayab” como alusión a las diversas parroquias que había recorrido el padre Humberto a lo largo de su ya extensa carrera eclesiástica por toda la República. Era el mes de abril y las señoras agitaban sus abanicos para disipar el calor que por esos meses es muy agobiante. El señor cura de Zitilchén se adelantó y le dio un abrazo al futuro obispo que emocionado ante las manifestaciones de cariño de la gente

de Zitilchén sonreía sin cesar tratando de reconocer caras aquí y allá y de recordar los nombres de sus feligresas que se acercaban a besarle la mano y a solicitar su bendición, que les impartía de buena gana, sonriendo satisfecho al ver con qué cariño lo recordaba el pueblo. El padre Humberto no era bien parecido: de estatura baja, delgado, moreno, con rasgos un tanto orientales, nariz ñata y ojos rasgados, cabello grueso y lacio que dejaba ver unas cuantas canas puntiagudas en las sienes pues llevaba un sombrero negro de forma triangular. Tendría el padre un poco más de cincuenta años y sus facciones habían adquirido un toque de tranquilidad y benevolencia muy distinto de la mirada nerviosa, aprehensiva y perspicaz de su juventud. El padre Acevedo, actual párroco de Zitilchén, anunció que el padre Humberto rezaría el rosario a la Virgen de la Inmaculada Concepción ese mismo día a las seis de la tarde en la iglesia, luego de lo cual sacarían a la virgen en procesión por toda la plaza para júbilo de todos y al día siguiente oficiaría la misa de las ocho de la mañana antes de partir rumbo a Campeche donde el domingo de gloria le impondrían la tan preciada mitra en catedral. Algunos de los que ahí se encontraban, sólo algunos, asistirían dentro de un par de horas a una comida que las familias más importantes del pueblo habían organizado en su honor en el Club de Leones.

Acompañado del padre Acevedo y de una reducida comitiva el padre Humberto caminó hacia la iglesia engalanada con un arco de flores encima de las pilastras de entrada al atrio con la leyenda *Bienvenido a Zitilchén*. Los dos sacerdotes despidieron a la comitiva y se retiraron a la casa sacerdotal seguidos por el sacristán y un par de jóvenes que cargaban las maletas y los cestos de fruta que les habían obsequiado sus feligresas. El futuro obispo quería descansar un rato y prepararse para la comida en su honor prevista a las dos de la tarde.

La primaria 18 de marzo se encontraba frente a la sacristía de la iglesia pues don Leandro Amaro, cuando fungió como presidente del pueblo, acondicionó las instalaciones del antiguo convento aledaño al templo para convertirlo en una escuela digna para los niños de Zitilchén. La mayor parte de los cursos se impartía al aire libre, en las arquerías del convento, donde el viento corría libremente por sus corredores evitando que alumnos y maestros padecieran el calor infernal en un recinto cerrado. Así que al pasar cerca del convento durante las mañanas se escuchaban las voces de los maestros impartiendo su clase o de los alumnos repitiendo las tablas de multiplicar, cantando el himno nacional, recitando o bien en absoluto silencio mientras realizaban sus exámenes. A las diez de la mañana en punto sonaba la campana y los niños salían en tropel dando de gritos al recreo que duraba treinta minutos. Los varones salían a jugar béisbol, carreras, burro pateado, luchitas, canicas, balero, trompo o a empinar papagayos en lo que era la enorme plaza de zacate que existía entonces en Zitilchén y que se utilizaba también para que pastaran vacas y caballos. Las niñas, más morigeradas, conversaban caminando de la mano por los corredores y jardines del atrio de la iglesia o se sentaban en las bancas para chismear o jugaban volibol, escondidillas o encantados o se divertían jugando matatena, o a las muñecas con sus juegos de té. Una mañana de fines de abril cuando el padre Humberto fungía como párroco del lugar les in-

formaron a los alumnos que antes de salir al recreo se formarían en filas de acuerdo con sus grados debido a que en esa fecha se festejaba el día del niño y el presidente municipal de Zitilchén, don Pepe Baqueiro, también dueño de la planta de luz, de la fábrica de hielo y de paletas, de los molinos de maíz, del cine y de la quinta El Clavel, pasaría personalmente en compañía del padre Humberto a obsequiarles unas paletas heladas. Los niños se pusieron felices con la noticia y apenas oyeron las campanas salieron ordenadamente a formarse. Al salir a la plaza se encontraron con que el señor presidente había mandado traer desde la planta de hielo tres enormes latas de zinc llenas de paletas de sabores: piña, limón, coco, naranja, guanábana y fresa para repartirles tres a cada uno de los ciento setenta y cinco alumnos de la primaria. El presidente se acompañaba del padre Humberto que, con su estola al cuello, se encargaría de distribuir las paletas bajo la plácida mirada del señor presidente. En fila de acuerdo con su grado, primero pasaron los más chicos hasta llegar a los de sexto año, todos saludaban de mano al presidente y al señor cura que les daba sus paletas, los miraba fijamente y les hacía algún mimo o carantoña a niños y niñas por igual.

El padre Humberto fue conducido a pie hasta la casa sacerdotal donde el padre Acevedo había acondicionado su habitación para que el futuro obispo descansara.



Hacienda San Pedro Ochil, Yucatán



Hacienda San Pedro Ochil, Yucatán

La hamaca estaba ya tendida con su respectivo pabellón, el piso de mosaico impecablemente limpio y reluciente, el escritorio sin un solo papel, un vaso de agua en el pequeño buró y el ropero totalmente desocupado para que acomodara su ropa. Le entregaron la maleta y con toda cortesía y respeto entornaron la puerta para dejarlo solo a ordenar sus cosas y que reposara un poco antes de la comida. Se quitó el sombrero que asentó sobre el escritorio y la sotana que colgó en el ropero. Quedó en camiseta y pantalón de dril negro. Pasó al baño y vio las toallas blancas y limpias en el toallero, una pastilla de jabón nueva color crema sobre el lavabo, el retrete con papel higiénico nuevo y un rollo de repuesto sobre el tanque. Orinó, se lavó las manos, se descalzó, se quitó los calcetines y caminó por la habitación sintiendo en las plantas de los pies el fresco del mosaico. Cuántos recuerdos le vinieron a la mente. Se desabrochó el pantalón, lo colgó cuidadosamente sobre la silla frente al escritorio y, en camiseta y calzoncillos, se acostó en la hamaca. Ah, era como si no hubieran pasado los años. ¿Hacía cuánto que había dormido por última vez ahí, en ese cuarto, con esas mismas ventanas que miraban a las torres de la iglesia, con esos mismos muebles salvo el escritorio que ahora era de cortina mientras que en su época apenas y disponía de una mesa para revisar sus papeles? ¿Veinte, veinticinco? Recordaba muchas de las caras que lo habían recibido el día de hoy. Casi todas más gordas, canosas, ojerosas, muy distintos de los portes juveniles de cuando las conoció. El propio don Pepe estaba ya convertido en un provento anciano, luego de que fuera tan emprendedor y vigoroso. El judío, así lo apodaban en el pueblo por su fama de codicioso y avaro, por ser sin duda el hombre más rico de Zitilchén. Su esposa había ya fallecido y sus hijos se encargaban de sus negocios: uno, el mayor, de la planta de luz y de la fábrica de hielo y el otro del cine. Aquellas chicas a

las que él confesaba cotidianamente y les daba la absolución y la comunión y algunas que después él mismo casó eran ya una matronas entradas en años y en carnes, jamonas a pesar de que en su juventud habían sido mujeres realmente impresionantes por su belleza y esbelto cuerpo. “¿A que no sabe quién soy?”, le increpó alguna y él, después de pensarlo unos segundos logró dar con su nombre a pesar de que la mujer había sufrido una gran transformación, no sólo física sino hasta en su carácter, antes dulce y tímido, y ahora vociferante y retador. ¿A qué cambios estamos sometidos los humanos! Y no obstante, qué felicidad se sentía de que lo recordaran con tanto cariño y le mostraran aprecio a pesar de tantos años que no veía a ninguno de ellos. Había recorrido prácticamente todo el país siguiendo las instrucciones de sus superiores. El pueblo había crecido mucho. Tenía apenas dos mil habitantes, tal vez un poco más, pero no llegaba ni a tres mil contando a la gente de Santa Rita cuando llegó a sustituir al padre Ambrosio. ¿Qué año sería? ¿1950? Tal vez porque entonces había cumplido un poco más de treinta años. Toda una vida. Según le dijeron el pueblo ya se había constituido como ciudad y rebasaba los veinte mil habitantes. Ver todas esas caras sonrientes y curiosas lo había emocionado aunque algo lo dejaba un poco inquieto. Un hombre de ojos azules, cuarentón, no dejaba de mirarlo con una sonrisa socarrona, cínica, que no se le desprendió de los labios hasta que lo perdió de vista. Esa cara le resultaba conocida sin que acabara de identificarla a pesar de que el hombre aquel lo trató con excesiva familiaridad cuando le estrechó la mano. ¿Iría a la comida? Tal vez ahí averiguaría de quién se trataba. Y la iglesia, ¡qué cambiada! Habían logrado restituir y restaurar los retablos originales, los habían pintado y recubierto de hoja de oro que con los años se había perdido. Lástima que ya no existiera la palmera aquella que adornaba la entrada de la iglesia. Le contaron que le había caído un rayo. Esa palmera le traía gratísimos recuerdos, empezando por la primera vez que llegó al pueblo a tomar posesión de la parroquia. Una palmera más alta que las propias torres. La admiraba desde la ventana de su cuarto sacudida por el viento, como un símbolo de humildad a las fuerzas de la naturaleza. Pero así es la vida: todo cambia y todo se renueva y nada queda nunca igual. Los jardines del atrio los había arreglado un padre norteamericano y ahora estaba lleno de árboles frutales, qué bien. Los años habían transcurrido y, por imposible que le pareciera, él estaba a punto de convertirse en Obispo de toda la diócesis, lo cual rebasaba con creces lo que se había propuesto cuando de joven llegó a Zitilchén todavía como un humilde sacerdote. Por eso antes de su breve siesta oró dándole gracias al Señor por concederle tantas, tantas bendiciones.

Unos toquidos en la puerta lo despertaron.

—¿Padre Humberto, está despierto? —oyó la voz del padre Acevedo—. Nos están esperando en el Club de Leones, ya están aquí por nosotros. Van a dar las dos.

—En un momento salgo —contestó y se incorporó.

Se metió al baño. Abrió la regadera. El agua estaba tibia, agradable. Ahora en todas las casas existía regadera. Ya nadie se bañaba a jicarazos con agua de pozo. Se peinó y abrió su maleta. Iría vestido de seglar, ya que se trataba de una reunión meramente social. Respetaría los colores eclesiásticos, eso sí, con guayabera blanca y un pantalón negro pero prescindiría del alzacuellos. Se puso los calcetines, negros también y se calzó los zapatos. Antes de salir vio en el espejo del ropero su rostro algo ojeroso y un tanto cansino, pero consideró que estaba presentable.

Una pequeña delegación lo esperaba. Don Álvaro Negrón, presidente de la ahora ciudad, su hermano don Renato, presidente en turno del Club de Leones, cada uno con su esposa, el propio padre Acevedo y algunas mujeres caminaron hacia el salón de fiestas donde se llevaría a cabo la comida.

El convivio transcurrió dentro de un ambiente festivo y cordial. Saludos, abrazos, besos en la mano y reverencias. Lo sentaron en la cabecera con el presidente a su derecha y a su izquierda el hombre más rico de la ciudad, el sucesor económico de aquel don Pepe Baqueiro, don Efraín Negrón y su esposa. Efraín era otro de los hermanos del presidente, dueño de los dos ranchos más grandes de Zitilché, de la distribuidora de cerveza y refrescos y de un negocio de extracción de miel. El resto de la mesa lo ocupaban miembros de las mejores familias del pueblo —Amaro, Negrón, Baqueiro, Toraya, Solís, Aranda, Escalante, Barrera, Preciat, Rosado— que habían organizado el homenaje, casi todos contemporáneos del padre Humberto, algunos con hijos casados que constituían el círculo de más alcurnia, cerrado a las familias de advenedizos o nuevos ricos. Había unos treinta comensales —hombres y mujeres— entre los que no se encontraba el hombre de la sonrisa socarrona, así que el padre Humberto se olvidó de él.

Ya no se acordaba que en las típicas comidas de Zitilché servían varios platillos. Empezaban con cerveza con botanitas como cotzitos, panuchos, salbutes, hígado de cerdo en cuadrillos, queso de bola, *corned beef* con galletas saladas, frijol colado con totopos, pico de gallo y sikilpak. Luego de rememorar personajes pintorescos y anécdotas chuscas y de responder a las preguntas del padre Humberto sobre familiares y amigos de su época y de ponerlo al día sobre fallecimientos, matrimonios y nuevos hijos empezaron a servir los platillos principales: relleno negro, escabeche oriental, co-



Hacienda San Pedro Ochil, Yucatán

chinita, chocolomo, puchero, frijol con puerco, platos tan abundantes que no había quien pudiera dar cuenta de todos ellos. El padre Humberto había dejado de tomar hacía algunos años. Cuando era párroco en Zitilché se permitía beber algunas cervezas, vino y ocasionalmente ron o brandy sin llegar a los excesos de la embriaguez tan común entre los del pueblo. Esta vez aceptó un par de cervezas pero cuando dieron las cinco de la tarde y empezó a circular “el fuerte” se levantó pretextando que quería descansar y darse un baño antes de la hora del rosario para luego sacar a la virgen en procesión. La gente, muy animada, se acercó a felicitarlo una vez más y las mujeres quedaron en alcanzarlo en la iglesia a la hora del rosario para después ir a la procesión. El padre caminó de regreso a la iglesia acompañado por el padre Acevedo.

Recostado en su hamaca antes de darse un baño para ir al rosario de las seis el padre Humberto meditaba sobre la experiencia de la comida que le habían ofrecido en Zitilché. Don Pepe Baqueiro, que en su época figuraba como el personaje más importante del pueblo, era un pobre viejo decrepito a quien nadie hacía caso, ni sus propios hijos herederos de sus negocios, que llevaban a trompicones, y a quienes habían sentado al final de la mesa con sus respectivas esposas para que se hicieran cargo del viejo. En cambio, Efraín Negrón había progresado tanto económicamente que ocupaba el antiguo puesto de don Pepe como el hombre más próspero del lugar y a quien todos rendían pleitesía. Con cada generación surgía una nueva dinastía. Antes de don Pepe fue don Leandro y antes que él don Emilio. El tronco de la familia había sido don Advíncula. Ahora era el turno de los Negrón. Uno era presidente municipal, el otro del Club de Leones y Efraín el empresario más prominente de la zona. Con el paso de los años vendría una nueva generación que los desbancaría. Para colmo

© Rafael Arzouma



Catedral de Mérida, Yucatán

todas esas familias estaban emparentadas entre sí. De súbito le vino a la memoria una mirada que don Pepe lanzó hacia Efraín muchos años atrás, aquella mañana del día del niño cuando repartieron las paletas heladas a los niños de la primaria en la plaza grande. Estaban a punto de culminar con la cara de alegría de los chiquitos devorando sus paletas que mostraban reiteradamente su agradecimiento a don Pepe que, complacido, sonreía congratulándose de su iniciativa, cuando de repente apareció Efraín con su camioneta *pick up* y su secretario pidiendo que se volvieran a formar porque ahora él les iba a regalar un refresco y una bolsita de dulces. El padre Humberto jamás olvidaría esa mirada fulminante que don Pepe le lanzó al entonces joven Efraín que ya empezaba a perfilarse como su sucesor. Había sido una mirada contra el aguafiestas que le había opacado su imagen frente a los niños. Los reveses de la ambición, la ingratitud, o el “maldesagrado”, como le dijo algún niño una vez, la decepción, las pérdidas físicas y personales, y la llegada de la vejez se convierten, a la larga, en motivos inevitables de humillación y resentimiento. El ser humano envejece irremediamente, como él, como la mayoría de los invitados a la comida a los que conoció jóvenes y energéticos. Ahora, a la distancia, podía entender aquello de pueblo chico, infierno grande. No eran sólo los pudientes, todas las familias, prominentes o desconocidas, pobres o ricas, toda esa gente que él había imaginado en un principio como parte de un pequeño pueblo en apariencia tranquilo, amistoso y cordial cada vez se encontraba más en pugna por cosas insignificantes y mezquinas como chismarajos, dimes y diretes, envidias, cotilleos, bromas, comparaciones: quién tiene la mejor tienda, quién gana más, quién tiene la mejor casa, el mejor auto, el hijo más próspero, la hija más bella, quién sí, quién no. Qué lata resultan a la larga los parientes pobres que tienen que andar mendigando no sólo dinero, que nadie les da, sino comida, ropa y hasta afecto. Qué rápido corre el chisme por

esos lugares. Por eso en Zitilchén se decía con frecuencia, sobre todo entre mujeres, que nadie debe ni atreverse a imaginar algo impropio porque enseguida se enterará todo el pueblo y hasta el más íntimo y secreto de los pensamientos prende como si se tratara de un reguero de pólvora.

Tal vez porque el siguiente sábado iba a ser ordenado obispo esa tarde la iglesia estaba a reventar y mucha gente ya se dirigía a él con el epíteto de “su santidad”. Los feligreses eran mujeres en su mayoría aunque había también muchos niños, algunos jóvenes y uno que otro varón entre los que alcanzó a distinguir, en la parte posterior de la iglesia, la mirada del hombre de los ojos azules con su sarcástica sonrisa al cual no le dio demasiada importancia. Seguro que era pobre y por consiguiente no había sido invitado a la comida en su honor. El rosario se llevó a cabo con todas las de la ley y los feligreses respondieron con inusitado fervor y plena participación. Terminado el último misterio se procedió a bajar a la virgen del altar. La había ataviado con sus mejores galas para la ocasión pues no era una procesión cualquiera puesto que el futuro obispo de Campeche sería el encargado de encabezarla. Seguramente aquellos que no habían asistido al rosario se sumarían para pedir por su gente. El padre Humberto se había puesto para la ocasión una de sus mejores casullas, la de hilo de oro. Se colocó un bonete de lino y acompañado por el padre Acevedo acomodaron a la virgen en el palanquín sostenido por cuatro jóvenes y salieron de la iglesia guiados por el padre Humberto rodeado de monaguillos que movían sus incensarios mientras caminaban por el atrio para, desde allí, descender hacia la plaza. La gente había salido de su casa y esperaba ansiosa el paso de la virgen de la Inmaculada Concepción, patrona del pueblo, para recibir sus bendiciones. Muchos habían venido de las cercanías, la plaza se encontraba pletórica. El padre Humberto no salía de su asombro. Una investidura como la de obispo le confería un poder de convocatoria que jamás tuvo mientras fue un simple cura de pueblo. Se enfiló hacia la derecha pasando por la torre del reloj, dobló a la izquierda y pasó frente a la casa de Leandro Amaro, ahora dividida, con una parte convertida en banco. Siguió de frente y al llegar a la esquina donde se encontraba la botica de Nando Solís, ya desaparecida, dobló a la izquierda y pasó por el mercado, también la tienda de los Alpuche y los billares, tan frecuentados en su época, habían desaparecido y no digamos la cantina El Cometa de tan dudosa reputación. En fin, giró sobre la izquierda y pasó por la casa de don Pepe Baqueiro ahora compartida con sus hijos pero ni el cine ni la fá-

brica de hielo ni la planta de luz existían ya, siguió su camino hasta la tienda La Navidad y ahí dobló a la izquierda para pasar frente a la que fuera casa familiar de los Negrón y retomar el camino a la iglesia. La proce- sión no se llevó más de una hora pero por su mente pasaron tantos y tantos recuerdos y sensaciones que fue imposible registrarlos todos pues sucedían como relám- pagos en una tormenta a través del tiempo. Todo eso acompañado por la muchedumbre que lo miraba con ojos de veneración y respeto y que a él lo hacían sentir- se contento y agradecido. La virgen volvió a la iglesia y al altar mientras el padre Humberto se cambiaba de ropa en la sacristía. Se sentía muy satisfecho y orgullo- so y a la vez un poco cansado así que cuando un grupo de mujeres lo invitó a merendar se acercó discretamen- te al padre Acevedo y le dijo al oído que prefería que- darse a descansar y que se lo comunicara a sus feligresas argumentando que al día siguiente tendría que levan- tarse temprano para officiar la misa de ocho y luego em- prender su camino a Campeche donde lo esperaban pa- sado el mediodía con una jornada muy pesada. Lo que sí le aceptaría a él sería que Poncita le preparara un poco de chocolate con pan dulce antes de acostarse a dormir.

El padre Humberto estaba merendando plácidamente en el pequeño comedor de la casa parroquial, ya despo- jado de sus atuendos, en camiseta y pantalón, muy qui- tado de la pena, atendido por doña Poncita, la sirvienta que se hacía cargo del aseo y de los alimentos del padre Acevedo, quien fue a la merienda organizada por las damas de Zitilchén en representación del padre Hum- berto cuando alguien tocó la puerta.

Doña Poncita fue a abrir.

—¿Está el padre Humberto? —alcanzó a oír él.

—¿Quién lo busca? —preguntó ella.

—Dígale que es Antonio, el de la tienda.

Doña Poncita miró al padre Humberto que con los ojos hizo un gesto de aquiescencia para que lo dejara pasar.

Dio un último trago a su taza de chocolate, se lim- pió la boca con el mantel, fue a ponerse una camisa y se volvió a sentar en espera del visitante nocturno.

Tan pronto entró el padre lo identificó: era el hom- bre de los ojos azules cuya sonrisa sardónica no lograba apartar de sus labios.

—Ah, es usted —dijo muy quitado de la pena—, ¿en qué puedo servirle?

—¿Se acuerda de mí, padre? —preguntó el otro sin dejar de sonreír.

—Te vi hace rato cuando nuestras miradas se cruza- ron en el rosario y ayer cuando llegué a Zitilchén. Tu cara

me resulta conocida pero la verdad no me acuerdo bien quién eres.

—Soy Antonio, padre. Estudié la primaria en la es- cuela 18 de marzo cuando usted llegó como párroco a Zitilchén.

—Ah, sí. Tengo tan buenos recuerdos de esos tiem- pos. Cómo ha cambiado el pueblo. Ha crecido mucho pero la verdad yo me quedaría con aquella villa tranqui- la y alejada del mundanal ruido.

—Me imagino que le resultaba mucho más agra- dable...

—Pues la verdad sí. En ese entonces para mí todo era tan fresco y novedoso...

—Así es, padre, yo tenía entonces once años, ¿se acuerda? —preguntó y volvió a sonreír de manera cínica.

—Han pasado tantas cosas desde entonces... —di- jo el padre rememorando—. ¿Quieres tomar una taza de chocolate? Aquí doña Poncita preparó un poco para que yo merendara y no creo que se haya gastado...

—La verdad preferiría un fuerte...

—No, no tengo licor ni creo que el padre Acevedo tenga, yo ya casi no bebo...

—Pues cuando andaba por acá se echaba sus copi- tas y a veces hasta invitaba...



Hacienda San Pedro Ochil, Yucatán

© Rafael Arzoz

—Hace mucho de eso...

—Así es, padre. Sólo que a mí no se me olvida —dijo y volvió a sonreír.

—¿Qué es lo que quieres, hijo? —preguntó el padre Humberto un tanto impaciente—, estoy cansado y mañana tengo que levantarme muy temprano pues voy a dar la misa de ocho.

—Lo que quiero se lo voy a decir dentro de un rato. Primero quiero conversar con usted y recordar viejos tiempos.

—Discúlpame pero no tengo tiempo. Te dejé entrar porque creí que venías nada más a saludar. Te suplico que te retires para que me pueda ir a dormir. Mañana me espera un día muy pesado.

—Le voy a refrescar un poco la memoria a su santidad, porque así le dicen ahora, ¿no?

—Por favor, te pido respeto...

—No se moleste, padre —dijo y volvió a sonreír—. Yo tenía once años cumplidos y un día del niño en que en la escuela nos regalaron paletas y dulces al verme y saludarlo usted me preguntó mi nombre. Yo se lo dije y me comentó “tienes ojos de gato” y todos los niños que lo oyeron se rieron de mí.

—No lo hice de mala fe. Tus ojos tienen un color que no es muy frecuente por estos lugares... Poncita, ya se puede retirar —le dijo el padre Humberto—. Cuando se vaya el señor me voy a acostar a dormir.

Poncita recogió la mesa, puso los platos en el fregadero, juntó sus cosas, dio las buenas noches y salió de la casa.

—Pero muchas veces —continuó el hombre de los ojos azules sin dejar de sonreír— desde la sacristía mientras jugábamos a la hora del recreo no me quitaba la vista de encima.

—No era a ti sino a todo el chiquillerío: me entretenía verlos jugar.

—Era a mí, padre, ¿ya se le olvidó que un día que pasé cerca de usted y que me abordó y me dijo que mis ojos eran muy bellos y que yo estaba guapo?

—¿Qué es lo que quieres, se puede saber?

—Nada, padre, ya le dije, sólo refrescarle un poco la memoria. Ese mismo día usted me comentó “vente hoy a la sacristía a eso de las seis. Quiero hablar contigo”. Al salir de la escuela me fui a casa muy quitado de la pena, almorcé, hice mi tarea, salí a jugar un rato, volví, me rendé y antes de las seis le dije a mi mamá que iba a verlo porque usted quería hablar conmigo. “No habrás hecho alguna diablura”, me reclamó mi mamá. “No, mami, cómo crees”, contesté. “Júramelo”. Y se lo juré. “Bueno, pues ve a verlo porque seguramente el padre quiere darte algunos consejos propios para tu edad”. Salí al centro. Al llegar al reloj subí las escaleras del atrio y me dirigí a la sacristía. Empezaba a atardecer. Entré un poco temeroso. La puerta estaba entrecerrada. Toqué y oí su voz: “pasa y cierra”. Obedecí. Usted estaba sentado en un silloncito, no tenía la luz prendida sino que su oficina estaba apenas iluminada con dos velas. En la semioscuridad me dijo palmeando el cojín junto a usted: “ven, acércate, quiero que confieses tus pecados”. Me senté, padre. Para entonces yo todavía usaba panta-



Hacienda San Pedro Ochil, Yucatán

lón corto. Usted me acarició la rodilla. “Te voy a invitar una copita para que se te quite la pena y te puedas explayar”, me dijo y me ofreció un poco de aguardiente. “¿No es pecado, padre?”, pregunté. “No, hombre, claro que no, y para que veas hasta yo me tomaré una”. Se sirvió más que yo. Usted cogió la copa y se la bebió de un trago. “Anda, tómalo tú también”, me incitó. Yo acerqué la copa a mis labios y apenas la probé. Me supo horrible, la cabeza se me sacudió involuntariamente pero, eso sí, de inmediato sentí cómo el aguardiente me bajaba por el estómago y se me empezaba a poner la cara roja. “Acábatela”, me animó. Di otro pequeño sorbo mirándolo a los ojos. “Toda”, insistió. Obedecí y me la fui tomando poco a poco. “Así está bien”, me dijo cuando acabé. “Ahora sí, a ver, dime, ¿te haces la puñeta?”. “No, padre”. “¿No te la juegas?”, me dijo viendo hacia mi pantalón. “No, padre”. “¿Ya tienes pelitos?”. Me dio pena contestar. “A ver, déjame verte”. En esa época no usábamos calzoncillo y la trusa ni se conocía por aquí. “Párate junto a mí”, me indicó. Un poco mareado me puse de pie mientras usted permanecía sentado y me fue bajando poco a poco el pantalón hasta dejarme al descubierto. Mira, ya te empiezan a crecer tus pelitos, me dijo, tocándome... “Dime, ¿sientes cosquillitas?”, mientras me manipulaba.

—¡Basta! ¡No quiero oír más! ¡Es una vil calumnia! ¿Qué es lo que quieres, extorsionarme?

—No, padre, no, no es una calumnia y usted lo sabe. Permítame continuar: me siguió acariciando hasta que logró que yo tuviera una erección. “Qué bello eres”, me dijo mirándome completo. Y efectivamente entonces empecé a sentir que un extraño cosquilleo me recorría todo el cuerpo. Usted continuaba acariciándome y me dijo: “¿Me dejas darle un beso?”. Y sin esperar a que yo contestara me empezó a chupar. Sentía la cara ardiendo, el cosquilleo de mi cuerpo se fue apoderando de mí pero concentrado en mis genitales. De repente, sin sospechar lo que me pasaba, empecé a sentir como una explosión dentro de mí que me confundió y me dio un desconocido y enorme placer. Era la primera vez que eso me sucedía en la vida.

—Estás mintiendo pero dime cuánto quieres y lárgate inmediatamente de aquí. Lo que dices es repugnante.

—No, padre, lo que le recuerdo no es más que lo que pasó. Lo realmente repugnante es que usted me jodió la vida.

—Mientes, mientes y mientes, mil veces mientes...

—Usted sabe que no, padre. Cuando terminamos usted me aconsejó: “Oye, pero no le vayas a contar esto a nadie. Preferiría que fuera un secreto entre nosotros porque si lo cuentas el Diablo te va a castigar”. Así me dijo, padre, ¿o ya se le olvidó? Además usted sabe que yo no fui el único: hay gente de mi edad aquí en Zitilchén que todavía se acuerda de usted.



Hacienda San Pedro Ochil, Yucatán

El padre se levantó fúrico, se dirigió al ropero, sacó su cartera y sin contar el dinero le tendió todos los billetes que tenía:

—Toma y lárgate de aquí—lo espetó— y no te quiero volver a ver en mi vida.

El hombre lo volvió a mirar con sonrisa sardónica. Cogió el dinero: lo contó, volvió a mirar al padre Humberto a los ojos, sonrió una vez más, ahora un poco forzado y arrojó los billetes al suelo.

—No, padre, usted se equivoca, no vine a pedirle dinero, no me vendo tan barato. Vine a decirle que por usted nunca me casé y que usted, a mí y a otros tantos, nos jodió la vida.

Estaba a punto de salir cuando se detuvo un momento y se volvió a mirarlo.

—¿Pero sabe qué, padre? Lo perdono, porque seguramente a usted también, cuando era niño, alguien también le jodió la vida. Hace rato me preguntó a qué había venido. Ahora se lo puedo decir: quería que se acordara de mí antes de que lo nombraran obispo. Nomás a eso vine.

Los ojos azules, ya sin la sonrisa, abandonaron la casa parroquial dejando la puerta abierta. El dinero del padre Humberto quedó tirado en el piso.

La misa de la mañana siguiente la tuvo que oficiar el padre Acevedo con el argumento que el padre Humberto se había sentido indispuerto por la comida del día anterior y había salido muy temprano a Campeche para poder cumplir con sus nuevas obligaciones. Como estaba previsto, el padre Humberto recibió la mitra el Domingo de Resurrección en la catedral de Campeche pero nunca, nunca más en su vida, volvió a poner el pie en Zitilchén. **U**